

# RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ

FRANQUEO  
CONCERTADO

FRANQUEO  
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

*"Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado."*

*(Jesucristo a sus discípulos.)*

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Calle de Dindurra, 2, pral., izqda.

## Un triunfo de la gracia

Cuestión de unas horas—dijo el doctor Amero al despedirse.

—¡Valor, Enrique!—agregó el otro doctor, estrechando la mano del desventurado a quien se arrebatava toda esperanza.—Ya sabes que el dolor es coge los hogares más felices para sus tiros. Así es la vida.

Y sin poder formular otra frase más consoladora, se marchó; se marchó dejando a Enrique Valls con su penar inmenso, con su dolor sin consuelo.

—Enrique—La vocecita tenue de Matilde, la esposa bien amada, el ídolo de su vida, le sacó de su ensimismamiento doloroso.

—¿Qué quieres, vida mía?

Inclinado sobre el lujoso lecho, posando en la pálida frente de la enferma sus labios trémulos que contenían un sollozo, Enrique esperó la contestación de su esposa. Los ojos bellísimos, que ni la enfermedad, ni la proximidad de la muerte pudieron atenuar su belleza, se posaron en los de Enrique, reflejadores, a su pesar, de la honda desesperación de su dolor.

—¿Qué han dicho los doctores?

Enrique probó a disimular.

—Que no es nada... que esto pasará pronto... tal vez mañana... No te preocupes, no sufras, querida mía.

Aunque el acento quería ser risueño, tenía un triste sonido de lágrimas y dolor. Para huir de su mirada, de la mirada de ella, que investigadora se fijaba en el rostro de su esposo, Enrique volvióse para tomar un vasito, una cucharilla de plata, que tintineó en el cristal con un son de alegría.

—Toma; tendras sed... ¿No quieres?... Bueno; esperemos a más tarde. ¿Qué deseas ahora?

Y sucedió lo inesperado. Matilde le estrechó con sus brazos flápidos, atrajo la querida cabeza junto a su boca y, besándole con amor intenso, le suplicó con lágrimas, con fervor de agonizante:

—Enrique, deseo un sacerdote, un sacerdote que me auxilie en mis últimos momentos... que se aproximan. Que si; y tú sabes también que están muy cerca... ¡Déjame morir como católica!

Enrique intentó disimular, apartar de su Matilde la visión de la muerte,

que se llegaba callada, pero con seguro paso.

—¡Qué ocurrencia! Si no estás mal, si no es de gravedad lo que tienes. Pero la mirada de la enferma haciale comprender que no la engañaba, que sabía que se iba, que se marchaba para siempre de aquel hogar que ella hizo tan feliz.

Y comenzó otra lucha, otro dolor nuevo en el alma de Enrique Valls, del incrédulo, del escéptico, que estaba ligado por compromisos de honor a los voceadores de una civilización sin Dios y sin ley.

Matilde, la encantadora joven que, vencida por el cariño, había renunciado a sus más caros ideales; la que consagró su vida y su belleza a hacerle feliz, se moría, y al aproximarse al último momento, la fe aletargada despertaba pidiendo el único consuelo, la única felicidad que pueden tener los moribundos; los sacramentos de la verdadera religión. ¿Le negaría ese consuelo, ese supremo alivio que pedía un alma dolorida y contrita?

Quiso hacerse fuerte en sus convicciones; pero ¡ay! sus convicciones venían al suelo ante aquel ruego insistente de quien casi veía ya el más allá de la muerte.

¿Qué dirían sus amigos, sus correligionarios, que tanto habían ensalzado la firmeza de sus protestas antirreligiosas? Achacaríanlo a debilidad, a apostosía de su credo político y su porvenir, aquel porvenir de gloria con que soñaba, quedaría deshecho, aniquilado.

Pero los ojos de Matilde, orlados ya por mortecino cerco, hablaban con tanta elocuencia que Enrique cedió; cedió a la súplica de su mujer; y besando con amorosa ternura la frente pálida de la enferma, preguntó con acento que no dejaba traslucir las luhos de su espíritu.

—¿Quién quieres que venga?

—Gracias, Enrique... ¡qué bueno eres!—dijo la esposa con amoroso transporte de dicha y gratitud.—Llama al P. Ríos; él me preparó para la comunión primera, él me dirigió y guió hasta que fui tu esposa; que sea él quien me prepare para mi viaje a la eternidad!

Con asombro de portero y criados,

el hábito blanco de un dominico se distinguió entre la numerosa concurrencia que firmaba en las listas colocadas en la portería; pero el fraile no firmó como los demás para retirarse enseguida, sino que majestuoso y digno, consciente de su misión y atraído dulcemente por el deber de la caridad, subió a las elegantes habitaciones de la señora de Valls, a las que, emocionado, sin poder contener las lágrimas, le introdujo el esposo, flagelado por el dolor. Pasó rato, mucho rato. Las habillitas de los criados habían ya hecho circular desde la portería a la cocina y despacho la estupenda noticia: ¡Se ha confesado! ¡Se ha confesado!

Pero cuando el estupor llegó a su grado máximo fué cuando Enrique Valls, el incrédulo, el ateo, postrado en tierra, de rodillas y reverentemente inclinada la cabeza, recibió al sacerdote que traía al Señor, al Rey de Reyes, oculto bajo las especies sacramentales, y con un cirio en la mano, fué acompañándolo hasta la habitación de la enferma, a la que preparaba para la celestial visita el santo religioso que recibió su primera confesión y que ahora recibía la última de aquella mujer, a la que todo ofrecía felicidad si hubiese vivido más tiempo.

—¡Enrique!—La voz de Matilde, con un acento de júbilo llamó al esposo, que lloraba.

—¿Qué quieres, mi vida?

—¿Ves qué bueno es mi Dios? Va a venirme a mí, que le abandoné. ¡Oh! Al recibirle, al tenerle en mi corozón, quisiera decirle que si le dejé por tí, hoy, al volverme a El, lo hago llevándote a tí a su fé, a su amor...

El sacerdote se aproximaba, Matilde separó sus ojos del esposo para fijarlos en la blanca Hostia que ocultaba a su Dios.

—¡Creo, Dios mío! ¡Os amo!—dijo con fervido acento, y recibió regocijada al Señor, que venía a fortalecerla para el tránsito doloroso.

El sacerdote se alejaba. Enrique miró el rostro radiante de felicidad de la esposa moribunda. Se acercó a ella, la contempló en silencio unos momentos; luego se inclinó y murmuró como una plegaria; «Dile que yo también creo, que yo también vuelvo a El».

Y arrodillándose ante el ministro del

Señor, del santo religioso que oyera minutos antes la confesión de una arrepen-tida, hizo la suya y quedó regenerado por el poder de la absolución que descendía con una promesa infinita de perdón y misericordia.

Como fuego por un reguero de pólvora, se extendió por todas partes la noticia. Unos la creían; otros dudaban de ella poniéndola en cuarentena.

Los que la negaban, sin género de duda al parecer, eran los correligionarios de Enrique, sus amigos políticos; pero cuando no quedó duda alguna fué cuando la dulce Matilde abandonó para siempre su hogar, y en las iglesias católicas se celebraron suntuosas honras fúnebres en su sufragio y vióse a Enrique Valls, dolorido por la pérdida, ir a buscar fortaleza y consuelo en el Pan de los fuertes y llorar silencioso ante el Sagrario.

—¿Qué es esto? ¿Qué papel representas ahora?—le preguntaron sus amigos. Y él, con la valentía de un creyente, respondió:

—Soy en la comedia de la vida un naufrago que se salvó, un ciego que abrió los ojos a la luz; soy un elegido que bendice a Dios porque verificó en mí un milagro de su gracia; soy un paladín de la Verdad. Soy un creyente que adora a su Dios.

Los amigos callaron; no supieron qué decir ante esa valiente confesión; pero en lo íntimo del alma reconocieron que aquello era un prodigio, un triunfo de la gracia divina, misericordiosamente inclinada hacia el hombre pecador.

Blanca.

## Las órdenes del día

Que el compañero Torcuato le mermaron el jornal o le despidieron por... un motivo cualquiera. Nada de arreglar el caso como es debido en la industria correspondiente, señores, nada de esto.

¡¡¡Huelga general!!!

Que el grupo A o B no hizo las cosas como se le ocurrían a la Casa del Pueblo de aquí o de allí, o sin su consentimiento.

¡¡¡Huelga general!!!

Que la política no es vaca abundante para este o el otro aspirante a mandón.

¡¡¡Huelga general!!!

Que metieron en la cárcel a uno o más facinerosos de los afiliados al sindicato H de Pekín o de la Australia.

¡¡¡Huelga general!!!

Que es la fiesta conmemorativa de tal o cual disparate histórico o personaje de secta.

¡¡¡Huelga general!!!

Que hay que cumplir una orden venida del extranjero por motivos ocultos... ¡muy ocultos!

¡¡¡Huelga general!!!

Hasta que ese poder oculto acuerde otra cosa.

Y los jornales menguando y el hambre subiendo y la desesperación metiéndose en las almas de tanto y tanto obligado a cotizar para que vivan los que no trabajan sino es en hacer desgraciados.

Obreros, ¿será posible que tantos y tantos honrados y trabajadores como sois, os dejéis dominar servil y miserablemente por un puñado de «profesionales de la revuelta y arribistas»?

# Los poetas de la República

## ¡AY, DIOS MÍO!

En nuestro número anterior vieron mis queridos lectores la sentida poesía de Balbontin, hoy les vamos a regalar con otra de Gordón Ordás, también de los «echaos pa lante» en la actual república, y como estos ejemplos pudiéramos traer aquí muchos... Antes recordemos unas Notas del Block que publicó «El Debate» el mes pasado:

«Cuando el «Heraldo» presentó a Gordón Ordás como a un feroz ateo, le dijimos:

—Ese ateo tiene en su haber esta poesía titulada: «¡Ay Dios mío!»

El «Heraldo» fué a ver a Gordón.

—¿Es de usted este verso?

—Mío, si señor—respondió el interpelado—; pero cuando estudiaba tercer año de Bachillerato; desde entonces he sido de un laicismo ejemplar. Cada día más laico. Yo mismo estoy asustado de mi incredulidad.

No sorprenden estas mutaciones en un hombre de temperamento veleidoso. En política ha sido igualmente tornadizo, sin que lo pueda justificar con pretexto de edad. ¿Qué no ha dicho y escrito, por ejemplo, contra la Dictadura:

Sin embargo, el 2 de junio de 1924, «La Semana Veterinaria», periódico del que era director y propietario Gordón Ordás, publicaba en su primera plana un artículo que empezaba de esta manera:

«Desde el feliz momento en que el Directorio tomó a su cargo las riendas del país, empezó a desembrollar las cosas que tan maltrecha tenían a España. Nuestra querida nación caminaba al caos con la velocidad que camina un peso atraído por las leyes de la gravitación; mas algunos hombres de buena voluntad y de sano juicio pudieron contener el desenfreno que nos anonadaba y tratar de colocar todas las cosas en el orden lógico en que éstas deben estar, por lo cual la nación debe de estarles reconocida y alentarles en sus trabajos de descomponedores de entuertos.»

Por entonces eran frecuentes las entrevisitas de Gordón Ordás con los señores Primo de Rivera y Martínez Anido para tratar de la reforma total de la Veterinaria, y fruto de estas relaciones fué el viaje de Gordón a Méjico en calidad de delegado oficial, viaje que costó al Estado 13.048 pesetas.

Un semanario profesional, «Información Veterinaria», llena sus números con el relato de contradicciones, que se dan con verdadera prodigalidad en la actuación de Gordón Ordás.

Igual a los cuarenta que a los trece años: en religión y en política.

Es un veleidoso consecuente».

Qué magnánimo, qué bello, qué sublime y qué sonoro, ese nombre que en los labios de los hombres puesto está cuando temen por su vida, cuando pierden un tesoro, cuando lloran la desgracia que ha venido o que vendrá.

¡Ay, Dios mío! el padre exclama cuando mira a un hijo muerto amarillo, sólo, inmóvil en el lecho del dolor; y en su pena que aminora ve una prueba y hecho cierto de que el cielo su fé premia, pues le otorga tal favor.

¡Ay, Dios mío! el caminante, con terror y miedo exclama cuando pierde su camino sin saber por donde ir: nunca pide a otro hombre auxilio, nada más que al cielo llama, porque sabe que allí mora quien la súplica ha de oír.

¡Ay, Dios mío! dice el hombre criminal y pervertido, que ha un momento en la taberna le insultaba con desdén, si intentando hacer un crimen por los guardias es cogido pues le juzga en tal instante su esperanza y sólo bien.

¡Ay, Dios mío! exclama el pobre que, andrajoso y ambulante, no halla un alma compasiva que le dé un trozo de pan, y se piensa que con este grito triste y anhelante de su hambre los dolores mitigados quedarán.

¡Ay, Dios mío! exclama el joven, cuando el padre le sorprende infragantí en un delito que le infama el porvenir, pues su cólera y su ira por demás sabe y comprende, que podrá exclusivamente el Supremo reprimir.

¡Ay, Dios mío! con angustia dice el hombre que su pecho con pavor ve traspasado por un bárbaro puñal, al pensar que sólo El puede destruir el daño hecho, por la mano de un salvaje, desalmado criminal.

¡Ay, Dios mío! exclaman presto, cuantos hombres ven el mundo, ya le adoren con locura, ya le traten sin amor, cuando alguna pena grande, cuando algún pesar profundo a su pecho ha traspasado de tristeza o de terror.

Y hay estúpidos que niegan de ese Dios tan suplicado la existencia verdadera, el omnímodo poder. ¿Qué merecen?, ¿el desprecio?, no jamás, es demasiado que el cristiano, que es cristiano, nunca debe aborrecer.

Félix GORDON ORDÁS

# CHARLA

—¡Vaya una fiesta más estupenda la de nuestro Catecismo! ¡Cuatrocientos chiquillos, todos del barrio, en la comunión!

—Sesenta que hicieron la primera; entre ellos tú y yo.

—¿No estás contento?

—¡Mucho! Más que si me hubieran dado un premio en la escuela.

—Podías no. Yo siempre he oído decir que el día más feliz de la vida es el de la primera comunión. ¡Recibir en nuestro pecho al Amo de too y al que lo puede too!...

—Dí que a Dios y acabas de una vez.

—Y aquí, aquí estará con nosotros en tanto no cometamos un pecao... ¡Eso es lo que me entristece!... Va a escapárenos pronto... ¿Qué haríamos pa que no se fuera?

—Eso; no cometer ningún pecao.

—¡Cóimel! Somos tan frágiles y tan chiquillos que a lo mejor... ¡pum!

—Pues... nada de ¡pum! y si se nos va por nuestras picardías, a ir tras de El para recibirlo otra vez.

—¿Cómo?...

—Comulgando como hoy. Es tan bueno que viene siempre que le llamamos. Ya lo oiste al señor Cura.

—Sí, es el más bueno y el más mal correspondido.

—Mira, está aquí entodavía... lo siento. Y no quisiera que se me marchara ya. Antes quisiera morirme.

—¿Leiste en RELIGIÓN Y PATRIA del otro día aquella poesía de Balbontín?

—Sí. ¡Qué guapa! Y dice el periódico que ahora ese Balbontín no es como entonces. ¡Una pena! ¿Qué le habrá hecho Jesús de malo para que así le traicione?

—¿Jesús de malo? ¡Nada! Nosotros somos los que hacemos el mal, los desagradecidos. El siempre nos está llamando amorosamente, nunca nos rechaza...

—Vuelvo a decirte que quisiera más morirme que hacerle una trastada. No se la merece. Y estoy pensando una cosa muy triste. De los cuatrocientos que hoy hemos comulgao con tanto fervor, cuántos en el día de mañana irán contra El y le insultarán y le pisotearán como aquellos hombrones que vimos el otro día. Sólo de pensarlo, lloro. Si siempre fuéramos todos como hoy de buenos, el mundo sería la gloria. ¿Por qué cambiaremos tanto?

—El demonio que nunca duerme. Ya que él perdió lo que tenía junto a Dios como ángel suyo, no quiere que nosotros ni nadie lo disfrutemos.

—Pues guerra al demonio y vengan comuniones para que el Señor nos defienda de nuestro enemigo.

—La cuestión está en que no olvidemos este día ni las enseñanzas del señor Cura en el Catecismo, porque si las olvidamos, ¡zás!, perdidos pa siempre. Mira, tengo aquí en este papel que le cogí a mi padre, el de unos cuantos hombres conocidos que al principio fueron como nosotros ahora de buenos y... ya no lo son.

—Léemelos.

—Escucha: Azaña fué alumno de los Agustinos en El Escorial; Marcelino Domingo, monaguillo en los Jesuitas de Tarragona y socio del Patronato Católico. Lerroux también fué monaguillo...

—Bueno, eso de monaguillo... no dice nada...

—Largo Caballero, alumno gratuito de los Escolapios de Granada; Martínez Barrios, alumno de los Escolapios de Sevilla; Zulueta, alumno de los Escolapios de Alcalá de Henares; Pérez de Ayala, alumno gratuito de los Jesuitas; Samblancat, novicio de una Orden religiosa; Pérez Madrigal, anduvo por los HH. de la Doctrina Cristiana.

—Y el Balbontín de hoy, el de la poesía de ayer. Y Gordón Ordás, el de la poesía que hoy trae también RELIGIÓN Y PATRIA, ¡Ay, Dios mío! ¿Qué habrá en estos corazones para dar este cambio tan enorme?

—Ingratitud y nada más que ingratitude.

—¡Yo no quiero ser así! ¡Me planto! Las cosas que he aprendido en el Catecismo y lo que hoy siento aquí dentro, me dicen que no debo ser nunca ingrato... ¿Quiéres que tú y yo firmemos ahora mismo un compromiso de honor cristiano?

—Venga ese compromiso.

—«Los abajo firmantes, se comprometen por su honor y dignidad de cristianos, de hombres de Cristo, a seguir siempre, cueste lo que cueste y se oponga quien se oponga, a seguir, sin ceder nada, las enseñanzas de Jesucristo, Dios y hombre verdadero, y las de su Santa Iglesia, en la que debemos vivir y morir para alcanzar la vida eterna».

¡Firma!

—Allá va.

—Ahora yo. Bueno. Ahora a cumplir lo firmado.

—Esto que hemos firmado, ¿lo has discurrido tú?

—No, me lo ha discurrido Este que hoy llevo con tanta alegría en el alma.

—Ya te veo dentro de poco escribiendo versos como el de Balbontín.

—Y si los escribo, que no reniegue nunca como ellos. Primer acto de nuestra resolución: vamos al señor Cura a decirle que queremos ayudarle en el

## Folleton de RELIGION Y PATRIA

(52)

### EL ABOGADO

le sorprendí llorando ante el retrato de una niña.

—¡Ay, amigo mío!—me dijo—¡Cuántos sacrificios exige mi profesión y qué dolor más enorme produce a veces el cumplimiento del deber!

El hombre a quien defendí la última vez que informé, estaba acusado de un crimen que cometió algunos años antes; así es que las pruebas eran vagas y contradictorias. Sin embargo, tres personas le reconocieron por haberle visto pedir limosna a la víctima la víspera del crimen. Era lo suficiente para condenarle.

Bueno; pues aquellos testigos se equivocaban; mi defendido era inocente. No había asesinado a aquella propietaria de Maux. Hasta el último instante el acusado juró y perjuró que era inocente; y yo le creí, pero sin poseer los medios necesarios para convencer a los jurados. Existían contra él pruebas suficientes para condenarle a muerte, y los tres testigos, obrando con la mejor buena fe, tenían entre sus manos la vida de mi cliente.

—Este me había hablado con frecuencia de una prueba indiscutible que poseía, pero de la cual no podía hacer uso. No me dijo cuál era hasta el día de la vista, y eso durante una suspensión de la audiencia y cuando se veía ya perdido. Me llamó y me dijo:

—Soy inocente de este crimen. El día en que se cometió, yo no estaba en Maux, sino en Brelles.

—Pruébelo usted. Señale testigos.

Le dije esto temblando, pues el nombre de ese pueblo había evocado en mi el recuerdo de un drama monstruoso que destrozó una vida para siempre. Años antes, mi hija única fué ultrajada y asesinada un día que paseaba por el bosque de Fontaineblau, cerca de Brelles, pueblo a donde íbamos a pasar las vacaciones. ¿No lo recuerda usted? El asesino no fué hallado por parte alguna. No sabía por qué, pero me oprimía el corazón un vago presentimiento. Mi emoción se trocó en terror cuando aquel miserable me dijo:

—No me es posible, porque aquel día cometí yo un crimen... otro crimen.

—¿El de aquella niña?

—¿Cómo lo sabe usted?

—¡Ay, amigo del alma! ¿Cómo explicarle a usted lo que pasó por mí en aquel momento?

Tenía ante mis ojos al asesino de mi queridísima hija, el cual merecía la muerte, es verdad, pero que era inocente del crimen por el cual yo le defendía ¿Cuál era mi deber?

Le confieso a usted francamente que en el mismo instante en que conocí al asesino de mi hija lo olvidé todo: honor, deber, conciencia, para pensar solo en vengarme. Y cuando se reanudó la audiencia estaba decidido a dejar que la causa fuese por el camino que hasta entonces llevaba, a informar mal, sin convicción, con el fin de que la justicia cayera implacable sobre el criminal.

Pero al verme ante la multitud, ante los jurados, a quienes tantas y tantas veces había convencido, no pude hablar en contra de lo que me dictaba la conciencia. Fuí víctima de todo mi pasado. Obré como una máquina, sí, como una máquina que funciona con regularidad y que no puede pararse por sí misma. A mi pesar, veía los defectos de la acusación y la iba destruyendo por completo. Dicen que nunca estuve más elocuente. Me vieron llorar... Sí, es verdad; lloraba por mi hija.

Y el público se equivocó, y los jurados se dejaron suggestionar por la fuerza de mi argumentación, la acusación

Catecismo, que deseamos ser catequistas.

—Sí, señor, catequistas, y luego lo que ordene.

—Así se hace. ¡De frente! ¡Mar!...

## EL OBRERO

Frases lapidarias que sintetizan la doctrina y el amor de la Iglesia al obrero son las del célebre P. Van Trich, S. J. «Mi naturaleza humana me ha dicho: del obrero, el pobre es tu igual, ámalo como a tu semejante. La antigua Ley de Moisés avanza más; ámalo como a tu hermano. Subiendo siempre, el Evangelio me dice: ámalo como a tí mismo. Y esto no es bastante todavía; el obrero... ¡Ah! ¡Cómo lo diría! Tengo miedo de mi propia expresión. ¡Oh Divino Salvador! ¡Oh Maestro mío! Vos que habéis inspirado estas páginas, inflamadme; Vos repetidas, como un trueno en los oídos de toda la humanidad... ¡Oh! decidlas, decidlas

aquí; y que ellas penetren los corazones hasta la división del alma:

«El obrero, el pobre, soy Yo, vuestro Dios: lo que hacéis al obrero, lo hacéis a Mí, vuestro Redentor y vuestro Dios... Lo que rehusáis al obrero, me lo rehusáis a Mí, que soy vuestro Dios».

Ved, señores, la doctrina religiosa; ved lo que ella dijo y dice al rico.

## Cuando él lo dice...

Ha dicho Pestaña en un libro que acaba de publicar: «Hay quien se llama socialista, comunista, sindicalista o anarquista, para ser peor, para ser más malo»...

Es un testimonio de calidad.

¡Cuando él lo dice que conoce tan bien el paño...!

Lector amigo, ¿te gusta "RELIGIÓN Y PATRIA"? Después de leído ¡no lo rompas! dalo a leer a otros. Haces una buena acción.

## CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

L. B.—Barcelona.—Fin setiembre 1934.

A. C. de la M.—Villaviciosa.—1933.—Escribimos carta.

Sra. D.<sup>a</sup> M. L.—Madrid.—Fin junio 1934. Escribimos carta y remitimos números certificados.

Sr. D. H. H.—El Pino.—1933 y 34.

## Peluquería de Señoras

DE

M.<sup>a</sup> Luisa Rodríguez

Ondulación permanente garantizada—Aparatos Eugene, los más modernos—Cortes de pelo Marcel — Ondas al agua — Peinador — Tintes y Manicura, etc., etc.

SERVICIO ESMERADO

San Bernardo, 75, 1.º — (Frente a la plaza)

Imp. LA RECONQUISTA—Gijón

## Melchor Osorio

RELOJERIA Y JOYERIA

Pi y Margall, 13 — GIJON

Venta de todos los artículos del Ramo, sin competencia :: Compra de oro, platino y brillantes. Pago todo su valor.

ULTRAMARINOS FINOS

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Capua, 31  
GIJON Teléfono 2934

LA

## Librería Palacios

Continua liquidando

en

Santa Rosa, n.º 4

—: Gijón :—

## NATI.—Peluquera de Señoras

Muy conocida, por haber sido OFICIALA en los principales salones de Gijón.

Por unos días, Permanente a 8 pesetas.

Marcel, ondas al agua y corte de pelo, a precios económicos.

Informes: Quiosco de los Campinos

DOCUMENTOS de toda clase, logra de altos centros Estado, realiza gestiones, tramita asuntos activamente.

Fdo. Gil Cala.—Plaza San Luis, 8  
MADRID

## Ferretería Gregorio Alonso (S. A.)—Gijón

Almacenes de Ferretería, Quincalla, Loza y Cristalería: Artículos sanitarios :: Herramientas para Ferrocarriles y Minas.

Detalle: San Bernardo, 59 y 61  
Almacenes: Premio Real y Molino

Telegramas y telefonemas:  
GALONSO

Teléfono Detalle: 2912  
Teléfono Almacén: 2913

## Doctor EMILIO VILLA

ESPECIALISTA — Electricidad médica  
: Enfermedades del Pulmón y Corazón :

Consulta: de 11 a 1 :: San Bernardo, 143 :: Teléfono, 1219 :: GIJON

SIDRA CHAMPAGNE

## "ZARRACINA"

Se sirve en todos los establecimientos y hoteles de primer orden, y en los Coches y Restaurants de la Compañía Internacional de Coches-Camas INDUSTRIAL ZARRACINA (S. A.) — GIJON

## LUIS BASURTO QUÍMICO

Fábrica de Acido Fluorhídrico  
Fluoruro de Sodio

Pasta para esmerilar, rápida

Espato-Flour, en piedra y molido

LABORATORIO de análisis minerales e industriales

Príncipe, 16—Apartado 174 :: GIJÓN

## Luis Infiesta y Castro

(Antes Acebal, Rato y Comp.<sup>a</sup>)

Barrio del Tejedor :: Teléfono 13—28

Cocinas sistema BILBAO y de todas clases para carbón y para leña.

Piezas de recambio para las mismas Artículos de hierro fundido, como bajadas de agua, lucernas, columnas, banos de jardín y cuantos encargos se hagan

Rápida entrega de los pedidos

## "La Fama Asturiana"

Se recomienda por sí sólo el chocolate de esta marca.

Vídense en las tiendas de ultramarinos.

## OBRAS TEATRALES

(De propaganda social)

El Anarquista..... 1 peseta.

Mitin socialista..... 1 ,

Jauja..... 1 ,

El Señorito..... 1 ,

El Requeté..... 1 ,

Certificado, 0,30 de pta. más. Los pedidos a esta Administración.

Colecciones de RELIGION Y PATRIA años 1931 32-33, a 4 pts. cada año.

FUNERARIA DE

## HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Teléfono 17-20. — Gijón

SERVICIO PERMANENTE

Presencia || Número || Economía

## Francisco Prendes Pando ABOGADO

SOMIÓ :: GIJON

## Doctor Calisto de Rato y Rocas

Especialista en enfermedades del sistema nervioso

Cincuenta y seis años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde

Corrida, 61 — Teléf. 490. GIJÓN

El dolor de estómago le impedía trabajar hacia años...



Hoy como de todo, trabajo y he recuperado la alegría de otros tiempos...

Esto dice don Casimiro Florido, de Los Santos de Maimona (Badajoz), Carretera Chica, 4, en la carta que nos ha dirigido relatando la curación definitiva con la CURA N.º 13 DEL ABATE HAMON, de la dolencia del estómago que sufría hacia años. Muchos cientos de curados se expresan en parecidos términos.

LA CURA VEGETAL N.º 13 DEL ABATE HAMON asegura desde el primer día una digestión natural, sin dolor ni molestias y sin necesidad de régimen alimenticio. Es el remedio sano y cómodo que cura todas las dolencias del estómago normalizando las funciones del aparato digestivo. Pésetas 8'30 la caja para 90 tazas o un mes. Venta Farmacias, Peligros, 9, Madrid y Ronda de la Universidad, 6, Barcelona.